

Sebastian CONRAD, *Historia global. Una nueva visión para el mundo actual*. Traducción de Gonzalo García. Barcelona, Crítica-Planeta, 2017, 270 pp. ISBN: 978-84-16771-43-1

Serge GRUZINSKI, *¿Para qué sirve la historia?* Traducción de Ramón García Fernández. Madrid, Alianza Editorial, 2018, 245 pp. ISBN: 978-84-9181-030-8

Sebastian Conrad y Serge Gruzinski son autores de referencia en el nuevo paradigma historiográfico de la historia global. Surgido desde la década de 1990 en países anglófonos, se le han sumado autores decisivos en otros países, como es el caso de estos autores, uno de Alemania y otro de Francia. De Sebastian Conrad, que ha estudiado los imperios alemán y japonés, esta es la primera obra que se traduce al español, y de Serge Gruzinski, especializado en las relaciones de la Vieja Europa con los llamados “Nuevos Mundos”, contamos con traducciones de sus importantes obras sobre historia latinoamericana y mundial.

Se reseñan, por tanto, dos libros que comparte una misma inquietud, la de romper con las perspectivas nacionales heredadas del siglo XIX. La globalización, en efecto, se ha convertido historiográficamente en un reto que obliga a romper fronteras del conocimiento. Lo global no puede reducirse al mero contexto de lo nacional. Por el contrario, constituye la fórmula para elaborar un paradigma que, tal y como lo perfila S. Conrad en este libro, permite pensar las dinámicas del pasado no solo desde los factores de movilidad, interacción y conexión entre distintos pueblos y áreas del planeta sino, sobre todo, como piezas integradas en procesos de transformaciones globales cuyos mecanismos han marcado el devenir de las distintas etapas históricas de la humanidad.

Los dos libros también comparten la virtud de la claridad explicativa; son muy asequibles a lectores no especializados. Además, resultan complementarios. En primer lugar, el de Serge Gruzinski recoge la pregunta que se hizo Marc Bloch durante su cautiverio en la Segunda Guerra Mundial, “para qué sirve la historia”, y la responde desde las realidades de un nuevo siglo que explica en su presentación el profesor Juan A. Martínez Torres.

En efecto, los cambios desarrollados desde la década de 1990 han roto con el eurocentrismo de las historias nacionales y, en consecuencia, exigen replanteamientos para el estudio del pasado y también sobre los contenidos y modos de enseñar ese pasado. Para hacer más concretas y convincentes sus reflexiones, Gruzinski asienta los sucesivos capítulos de su libro en sus propias investigaciones sobre los siglos XV y XVI, cuando las monarquías de Portugal y España abrieron los caminos de Europa hacia “Nuevos Mundos” y abrieron circuitos comerciales y culturales de una mundialización que desde entonces no ha cesado de profundizarse.

El mestizaje marcó tal momento histórico y, tal y como explica en el capítulo dos, se produjo “una superabundancia de pasados”. Así, por ejemplo, Gruzinski concreta el despliegue de una humanidad basada en el mestizaje exponiendo los casos de Brasil y México, sociedades coloniales de las que es un cualificado investigador. En general, subraya cómo de aquellas nuevas realidades de explotación de los indígenas, de tráfico de esclavos africanos y del expolio de riquezas naturales no solo se derivó la expansión del dinero y de nuevas riquezas, sino también el acicate para nuevos saberes, como fue el caso del derecho internacional con Hugo Grocio, que no se entiende sin las obras de los españoles Francisco de Vitoria y Domingo de Soto.

En los siguientes capítulos responde a su hipótesis de si “a un mundo globalizado” corresponde ofrecer una “historia global” y entra de lleno en el debate sobre la utilidad de la historia, en especial sobre su enseñanza. Plantea un ejemplo bien sugestivo: ¿por qué explicamos las historias de España, Portugal, América hispana, Brasil y amplias zonas de los continentes africano y asiático por separado, cual bolas de billar perfectamente diferenciadas entre sí, sin más conexión que los momentos de choque o conflicto? El autor expone su experiencia como docente en París, en Princeton y en Belém (Brasil), cuando sintió el desafío de “adaptar el lenguaje a unos entornos tan diferentes y situados en posiciones tan distantes (p. 131).

Aunque sea esquemáticamente, importa enunciar sus propuestas. Ante todo, Gruzinski exige “descompartimentar” esos muros creados por las respectivas historias nacionales como también por la segmentación entre Antigüedad/Edad Media/Edad Moderna/Edad Contemporánea, o entre época precolombina y época colonial. En segundo lugar reclama un “nuevo encuadre” más allá de la simple historia comparada, siempre provechosa, pero que no es global. Detalla un ejemplo bien clarificador al respecto, el de la pluralidad de actores que convergen en la fecha de 1517 “cuando las aguas mexicanas y chinas atraen a portugueses y castellanos” (pp. 137-138). Añade una tercera fórmula: instaurar una “historia polifónica de principio a fin”, con la confrontación constante de los protagonistas de cada proceso. Esta metodología, por último, requiere un punto de partida: lo local, no como ese callejón sin salida que tanto se ha transitado entre los historiadores, sino concebido como “cruce de caminos” (pp. 140-150, *passim*).

Llegados a este punto, aunque dejemos en el tintero muchas otras aportaciones de Gruzinski, es cuando la obra de S. Conrad brinda una propuesta de historia global innovadora y convincente, un auténtico aldabonazo para la metodología de nuestra disciplina. Con justicia puede ser valorado como una obra de estudio obligatorio. Ante todo Conrad repasa los antecedentes de las diversas etiquetas (“historia global”, “historia transnacional”, “historia-mundo”...) que manejamos desde que en los ámbitos universitarios anglófonos se expandió el concepto de “History World”. Descifra en primer lugar la “metanarración eurocéntrica de la historia mundial” construida desde las ideas clásicas de historia universal hasta pleno siglo XX con perspectivas tan dispares como las propias del materialismo marxista o la de autores como Toynbee y Braudel, con sus diferentes anclajes en el concepto de civilización. A continuación, examina aquellos “dominios vecinos” con los que no debe confundirse la historia global. Es un capítulo muy fecundo para el estudio historiográfico porque puntualiza los aciertos y las flaquezas de las metodologías de la historia comparada, surgida en el primer tercio del siglo XX, y de las posteriores teorías de los sistemas-mundo, historia transnacional, los estudios postcoloniales y la perspectiva de las modernidades múltiples.

Son metodologías que, tal y como enfatiza S. Conrad, erosionaron desde la década de 1970 la visión de una historia universal vertebrada por los Estados-nación y concebida desde un eje eurocéntrico. Como alternativa, eleva el concepto de historia global a la categoría de auténtico paradigma que supere las limitaciones de las anteriores propuestas. Precisa, en consecuencia, las siete características que considera necesarias para desarrollarse como paradigma innovador (pp. 62-65, *passim*). La primera, que la historia global no se ocupe

solo de las “macroperspectivas”, sino que estudie y explique también los diversos tipos de “asuntos históricos concretos” dentro de contextos “potencialmente globales”. De este modo, se desmarca de la historia mundial, por un lado, y, por otro, propone trascender la simple historia de la globalización.

De ahí deriva la segunda característica, la búsqueda de “conceptos espaciales alternativos” que franqueen las unidades tradicionales de Estados-nación, imperios o civilizaciones y se centren ante todo en “los puntos nodales de una red”, sea de tipo económico, político o cultural. La tercera característica, por tanto, consiste en establecer relaciones, pues ninguna unidad de análisis tradicional se desarrolla en aislamiento, sea una nación, una cultura o incluso una familia. Con la historia global se trata de comprender la interacción porque incluso unidades aparentemente aisladas son, en definitiva, la “respuesta al intercambio y la circulación”. Cita el caso de las transformaciones en Europa y Occidente, inexplicables como procesos autónomos pues siempre fueron “el producto de diversos procesos de intercambio”.

Por eso S. Conrad propone como cuarta característica, la realización de “giro espacial” que permita captar y aprehender “la forma en la que individuos y sociedades interactúan unos con otros”, reequilibrando, en consecuencia, la excesiva atención otorgada hasta ahora a los cambios endógenos. En concreto, para evitar las teleologías modernizadoras plantea un nuevo vocabulario espacial (*territorialidad, geopolítica, circulación, redes*) que desplace la terminología temporal del *desarrollo, desfase o atraso*. En buena lógica se desprende como quinta característica la necesidad de la sincronía, es la fórmula para comprender los hechos históricos. Por último, formula las características sexta y séptima, complementarias entre sí. Por un lado, la obligación de reflexionar “de forma explícita sobre la cuestión del eurocentrismo”, sesgo que se debe superar definitivamente, y, por otro, el reconocimiento “sin ambages de que pensar sobre el pasado global es una acción ‘posicional’, [porque] el historiador puede escribir sobre el planeta en su conjunto, pero lo hace desde un lugar particular, y su narración mostrará al menos en parte colores propios de las dinámicas de esa ubicación” (p. 65).

Sin duda, cada una de estas características, desarrolladas en sucesivos capítulos, abre un debate necesario sobre la historia global. Cabe una objeción general, que al ser un paradigma surgido en el espacio lingüístico “*globish*” (“global inglés”), en el contexto de una nueva etapa de un capitalismo postindustrial que ha zarandeado la hegemonía occidental, podría ser visto como otra forma de eurocentrismo. En todo caso, hay que reconocer otra virtud más a este autor, que no esquiva las críticas y también las aborda en su libro. Por eso este trabajo de S. Conrad constituye una excelente síntesis para situar el oficio de historiador en la era de la globalización. Además, sus análisis y su estilo son tan precisos y coherentes que su lectura impulsa siempre la reflexión.

Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN
Universidad de Castilla-La Mancha
JuanSisinio.Perez@uclm.es